

Propiedad reservada conforme á la ley.

## ACTO PRIMERO.

Un comedor muy pobre, escaso de muebles; entre éstos, un escritorio viejo, al fondo, y una mesa costurera, en primer término. Puerta de entrada, también al fondo, en el centro. A la derecha, puerta conduciendo á otra habitación; y á la izquierda, dos puertas que conducen respectivamente á los dormitorios de Isabel y de sus padres. Al levantarse el telón, aparecerán Isabel y D<sup>ca</sup> Gertrudis haciendo labor junto al costurero. Es de día.

### ESCENA PRIMERA.

DOÑA GERTRUDIS. ISABEL.

Isabel.—¿Y dices que se enojó mucho?

Doña Ger.—Al pronto sí, ya lo conoces; se puso á echar pestes contra mí, y contra tí y contra todo el mundo; dijo que el tal Carlos sería un esto y un lo otro; que no podía quererle porque las muchachas pobres no inspiran amor sino lástimas; que tú eras muy ingrata y tu novio un tunante; que á mí con los años, se me había ido el santo al cielo, pero que por fortuna, así estaba él para impedir un desatino.

Isabel.—(Con ansiedad.) Pero ¿que no le explicaste lo bueno que es Carlos, lo que los quiere á Udes. y, sobre todo, lo que nos queremos nosotros?.....

Doña Ger.—Sí se lo expliqué, después, conforme se calmaba.....

Isabel.—Y entonces, dijo que sí ¿verdad?....

Doña Ger.—Nó, no llegó á tanto; consintió en la entrevista, en oír á Carlos ¿te parece poco? El pobrecito, hasta lloró, ya acostado, creyendo que yo dormía y que nadie lo escuchaba.....

Isabel.—¡Pues si oyera á Carlos! ¡si supiera cuánto lo respeta y qué ganas tiene de disminuirle sus penas! Ayer, sin ir más lejos, me habló tanto de papá, que yo, de broma por supuesto, le aseguré que lo quería á él más que á mí. Y á tí ¿qué tal te quiere? anda, niégame que te quiere mucho, niégamelo si puedes... Ay mamá, ruégale hoy otra vez, dile que no vaya á recibirlo mal, dile (con rubor) que él me ha prometido no arrebatar-me de su lado, que me ha jurado que viviremos juntos, dile (bajando la voz y ocultando el rostro) dile que lo adoro....

Doña Ger.—(Sonriente) Pues mira, me alegro de que Carlos piense vivir con nosotros, y me alegro por tí, porque de otro modo quizá tu padre no consentiría en la boda..... ni yo tampoco; nó, ni yo tampoco, aunque me mires así.....

Isabel.—(Interrumpiéndola con un beso) ¿Tú tampoco?... Tú sí, de cualquier modo; y papá también, los conozco á los dos. ¿Cuánto apostamos (con zalamería) á que si tu insistes, hoy mismo queda arreglado (con fingido énfasis) nuestro futuro enlace; fijados los días de visita y asegurada la dicha de tu hija?.....

Doña Ger.—No hagas cuentas alegres, criatura, que antes que tu dicha debemos mirar las dos por la de tu padre, y esa, ya lo sabes, está muy distante. Nada le sala bien, nadie le tiende la mano, debemos á todo el mundo nos estamos ahogando, ¿cómo quieres que insista? ¿cómo quieres que lo convenga de que

debes casarte, de que debes tú, lo único que nos queda, no seguir siendo nuestra?.....

Isabel.—¿Qué no seré de Udes?..... Vas á ver como pierdes (con volubilidad.) En primer lugar, Carlos se queda aquí, sí, aquí mismo; en segundo, Carlos nos ayudará, no quiere que tú y yo sigamos cosiendo esto (señala la labor); en tercero, Carlos.....

Doña Ger.—Carlos, Carlos, ¿pero tú crees acaso que Carlos es un rey, un millonario, un santo tan milagroso?

Isabel.—Es más, pero mucho más que todo eso; es mi vida! Es, lo que papá ha de haber sido para tí; lo que es el hombre á quien queremos, lo que es el novio honrado para una muchacha pobre. ¿No me decías que las muchachas pobres, sólo lástimas inspiramos? Pues lo que es yo á Carlos, le inspiró amor, un amor que me encanta, que vive conmigo, que hace que me sienta tan feliz como cuando tú me llevabas de chiquilla á ofrecerle flores á la virgen ¿te acuerdas? papá entonces andaba en la guerra, tú llorabas por él y yo rezaba por los dos, lo que tú me decías al oído ó lo que cantaban las otras niñas; todas de blanco, todas con flores, junto á aquel piano negro que me causaba miedo....

Doña Ger.—(Venciendo su emoción). Vamos, que no me gusta que te pongas así; tontuela (acariciándola) si ya te dije que tu padre consiente en la entrevista y que yo he de ayudarte, ¿á qué vienen esos recuerdos tristes?..... (suena la campanilla) ahí está él. (Las dos tratarán de aparecer serenas y muy ocupadas con su costura.)

## ESCENA SEGUNDA.

DICHAS, PETRA.

Petra.—(Desde la puerta del fondo). Niña, ahí preguntan por el señor.

Doña Ger.—(Sin volverse). Bueno, pues dí que no ha llegado.

Petra.—Ya lo he dicho, pero quieren saber á qué hora volverá.

Doña Ger.—¿Quién es el que lo busca?

Petra.—Un señor.

Doña Ger.—¿Un señor decente?.....

Petra.—Sí niña; de sombrero alto y levita.

Doña Ger.—Díle entonces que vuelva, después de comer, y que deje dicho cómo se llama.

(Váse Petra.)

## ESCENA TERCERA.

DOÑA GERTRUDIS, ISABEL; DESPUES D. ANTONIO.

Isabel.—¿Crees que me asusté? Me pareció papá....

Doña Ger.—Yo también me asusté un poquillo; como al pobre se le ha puesto tan arrebatado el genio, no siempre llega contento; al contrario, y ya sabes que hay que esperar á que el chubasco pase (suena de nuevo la campanilla) ahora sí es él, no te asustes, que no sospeche nada.

D. Ant.—(con el sombrero puesto, el bastón debajo del brazo

y leyendo trabajosamente una tarjeta) Li-cen-cia-do Is mael Ca-ra-mi-llo; ¿quién ha traído esto?

Doña Ger.—¿El qué... ?

D. Ant.—¿cómo el qué? (violento) pues esto, esta tarjeta de un señor de pluma, de un ave de mal agüero.....

Doña Ger.—Debe haber sido él mismo; Petra me dijo que te buscaban y que volverían luego.....

D. Ant.—(como hablando consigo mismo.) Claro, clarísimo. .... (Volviéndose á su esposa.) ¿Sabes lo que quiere decir esta visita? ¿no? pues que nos echan á la calle; que el dueño de la casa, cansado y con razón, de que yo no le pague, nos arroja á las cuatro esquinas, á que vivamos en los portales ó en los jardines ó en el asilo..... ¿Y qué hago yo ahora? ¿con qué le pago? ¿con qué.....?

Doña Ger.—¿Quieres que yo le hable, que yo lo ruegue que nos espere un mes más? Nosotras las señoras arreglamos mejor estas cosas, nos escuchan con más calma, sin cóleras ni disgustos, ni malas palabras. Déjame (suplicante) intentarlo, le diré que tú andas ocupado ó medio enfermo, que me has encargado el hablarle, y ya verás cómo lo ablando. Mientras, Dios se acordará de nosotros y te darán algo en el gobierno ó en otra parte ¿el Ministro no te prometió colocarte pronto?.....

D. Ant.—¿El ministro? . . . Ni éste ni ninguno me darán nada nunca; porque no tengo amigos influyentes, porque no tengo otra recomendación que mi derecho, porque no tengo ni ropa con que presentarme á pedir; y mis cicatrices, (tocándose el cuerpo) éstas, las compradas con mi sangre, se ven demasiado para despertar ascos y nó lo bastante para que me las premien. Mira, hasta los escribientes y los porteros, me humillan, me tratan peor que á un perro, y yo regreso al día siguiente y todos los que vivo por conseguir, no ya un empleo, nó, si no pido tanto, me conformo con un retiro ó con el depósito. En el Ministerio se ríen de mí, me llaman el incan-able, me dan noticias falsas para gozar después con mi desen-

gaño... Y en la calle, ¡oh! lo que es en la calle, no digo los conocidos, creo que hasta los animales huyen de mí, para que no les pida nada..... Luego, me da vergüenza venir á mi casa, me da vergüenza verte á la cara—*a su esposa*—porque con lo poco que tenias, hemos vivido todos, porque las he sumido en la miseria y permito que ahora trabajen para mí y no me pego un tiro ni acabo de morirme para que descansen.....

Doña Ger.—Antonio, ¡por Dios santo! que haces llorar á tu hija.....

D. Ant.—(*Sentándose encima á Isabel y enjugándole los ojos.*) Vaya, que no quiero que llores, se acabó, que me vuelves loco..... ¿no sabe vd. que es vd. mi te soro, señorita, lo único que poseo? ¿no sabe vd. que sus lágrimas me caen en el alma y me la hacen pedazo? ¿no sabes que yo perdono todas las injusticias con tal de verte reir, de oír tu vozecita cuando cantas, cuando hablas, cuando me riñes?..... no me hagas caso..... ¿no ves que soy un pobre viejo que te quiere mucho?.....

Isabel.—(*Sonriéndose.*) Sí, ¿verdad? me quieres mucho y todos los días es lo mismo, todos los días hablas de morirte y de que ya nos cansaste y de que de nada nos sirves..... pues aprende á mamá que no se queja nunca..... anda, aprende y no volveré á llorar.

D. Ant.—Tu madre no se queja porque..... (*Volviéndose á su esposa, ya contento*) porque es una santa; pero, acércate, acércate más, que no nos oiga y se nos eche á perder con las alabanzas.....

Doña Ger.—(*Que ha comenzado á poner la mesa ayudada de Isabel.*) Valiente par de chiquillos están los dos, si no los conociera..... Ve á decia á Petra (*á Isabel*) que traiga la comida y mira si falta algo, si ya hizo el café.....

(*Vse Isabel.*)

Antonio acuérdate de que hoy ha de hablarte Carlos, al obscurecer, cuando salga de su trabajo; no vayas á recibirlo mal ni á contestarle á gritos; mira que

adora á Isabel, que es muy buen muchacho, que á pesar de tu mala voluntad, nadie te ha dado informes que lo perjudiquen; que tú lo trajiste á tu casa...

D. Ant.—Sí, por bruto; cómo había de figurarme lo que me ha resultado, y además, el muchacho me prestó un servicio, no puedo negarlo, pero ahora, ahora que conozco sus intenciones, lo echaría yo á palos, lo haría rodar las escaleras.....

Doña Ger.—No harás nada de eso, sino que te estarás muy quietecito y muy formal, para luego otorgar tu consentimiento; si es la ley, el matrimonio, aunque muevas la cabeza, es la ley de Dios y la ley de ustedes.

D. Ant.—Pues yo á mi hija, la pondría fuera de la ley, ¡que diantre! Ni Carlos ni ninguno me satisface; todos para mí son ladrones, ladrones que llegan cuando menos se piensa y sin que los sienta nadie á llevarse mi virgen, el tierno y casto abrigo de mi vejez, la vida de mi vida! ¿Cómo vas á convencerme de que éste la merece porque es trabajador y porque no bebe, ni juega, ni enamora? ¿á mí que me importa si mientras más bueno sea, peor me resulta? ¿no vas que siendo tan bueno, más pronto se ganará su corazón y tú y yo no cabremos ya en él, ni encontraremos otro asilo de amor para nuestros achaques?..... Figúrate que frío, pero que frío por dentro, aquí, en el alma, cuando busquemos ese rinconcito tan puro y que era nuestro, para reclinar la cabeza, la tuya y la mía (*la toma de las manos y la mira con profunda ternura*) que tanto han sufrido, que tantas canas tienen; cuando las quisiéramos reclinar y morir allí los dos, siempre juntos, sin más ruido que sus latidos, los que conocemos hace tantos años. ¿qué sentirías de hallártelo tomado por entero, por un señor trabajador y honesto, que te arrojará de allí sin misericordia, con exigencias de esposo y besos de recién casado?.....

Doña Ger.—¿Y si en vez de perder ese corazón nos ganáramos el de él? ¡ai en vez de lo que tú dices, se convirtiera Carlos en hijo nuestro; pero no hijo de

palabra, sino de veras que al querer á tu hija te quisiera á tí, qué harías entonces?.....

D. Ant.—Sueños tuyos, sueños de madre; esos afectos no pueden nacer así, tan de repente; y si nacen acaso ó son fugaces ó son fingidos..... sobre todo, ¿quién es este Carlos? ¿quienes son sus padres? ¿por qué sus padres no vienen á pedir á Isabel? Lo que es yo no lo conozco, sino muy por encima, mal pronuncio su apellido, que me huele á extranjero; Mercier, Mercier ¿qué quiere decir Mertier?.....

Doña Ger.—¿Pero, no te he dicho mil veces que es huérfano?.....

D. Ant.—Pues si es huérfano que se marche á la Cuna y nos deje en paz.

Doña Ger.—Vamos Antonio, no quieras parecer peor de lo que eres.....

Isabel.—(Entrando, toma del brazo á D. Antonio mientras la criada coloca la sopera en la mesa.) Deme vd. el brazo, señor coronel, que la comida espera.

(Se sientan á comer é irán accionando según las exigencias del diálogo y conforme lo estimen los actores.)

D. Ant.—Pues señor, ya me olvidaba de comunicarles la gran noticia; con la cuestión del abogado—que ya verán como viene á echarnos á la calle—perdí la resignación y la memoria, pero ahora me acuerdo y les aseguro que la noticia no es noticia, es notición. ¿Qué en el Ministerio nada me dan?..... Bueno, pues me lo dan en otra parte; sí, sí, ¿de que se asombran vdes.? ¿por ventura mi aspecto es el de algún inservible?..... El tal destinillo no es de lo mejor, no; sobre todo, no es honorífico, pero produce dos pesos diarios, es decir, sesenta al mes, ¿quién ha de hacerle ascos!.....

Doña Ger.—Y por qué no ha de ser honorífico si el dinero se gana á cambio de trabajo?.....

D. Ant.—Ahí verás, es una adivinanza.

Isabel.—Será fuera de México ¿verdad?

D. Ant.—¡Qué disparate! En el mismísimo centro, en una de las calles más concurridas.....

Doña Ger.—Entonces es un empleo de comercio, gracias á Dios.....

D. Ant.—No, no se lo agradezcas todavía; porque si bien es cierto que el empleo es de comercio, también lo es que es un comercio.....raro.....muy raro.....

Doña Ger.—Un comercio muy raro.....

D. Ant.—Sí, figúrate que empieza por ser nocturno.....

Isabel.—Espera, que ya lo adiviné; van á emplearte en un teatro.....

D. Ant.—Justo, un teatro; pero un teatro en el que sólo se representan dramas y, en algunas ocasiones, verdaderas tragedias, con muertos que no resucitan al caer del telón, sino que van á parar al cementerio y sus familias los lloran y se quedan desamparadas para siempre.....

Doña Ger.—Pero hombre, ¿cómo estás hoy! En donde quieres que exista un teatro así?.....

D. Ant.—Aquí, en tu tierra, en tu México.....

Doña Ger.—¿Y cómo se llama ese teatro que jamás he conocido yo?.....

D. Ant.—También su nombre es raro..... se llama: garito!!

Doña Ger.—¡Jesús! una casa de juego.....

Isabel.—No, papá, no por Dios; no trabajes allí.....

D. Ant.—¿Y qué hago? ¿te figuras acaso que lo haré con gusto?..... ¿te figuras que mi dignidad y mis canas y mi pundonor de viejo soldado no se oponen á ello?..... Yo soñaba otra cosa muy distinta; después de veinticinco años de servicios me creía con otros derechos; soñaba con mi casita muy modesta, pero mía: muy pequeña, para poder sin esfuerzo abrazar á ésta y besarte á tí; con sonrisas de sol en sus vidrieras y alegría de flores y de luz en los corredores, con pájaros para tí, y piano para tí, y todo para tí, hasta nosotros, que nos miráramos en tu dicha como si fuera nuestra..... ¿qué digo como si fuera nuestra, si nuestra sería, como lo eres tú, como lo fuiste siempre, desde que naciste; como lo serás, digo nó, ya tu

madre me dijo que quieres casarte, que quieres irte, que otro te ofrece la felicidad.....

Isabel.—Nó, irme nó; dile mamá que no quiero dejarlos, que no los dejaré nunca..... pero casarme sí ¿qué mal hay en ello? ¿no te casaste tú? ¿no se casa todo el mundo?..... Sólo que tu no quieras, no me casaré, pero sí querrás y serás tú quien me lleve á la Iglesia, quien me entregue á Carlos, quien cuide mi ventura. Mira, yo no puedo explicarte, no sé de estas cosas, jamás habia querido á nadie fuera de vdes., pero siento que los tres caben aquí, en mi corazón, siento que á vdes. sigo queriéndolos mucho, mucho, más quizá, desde que Carlos entró..... y ¿verdad mamá que tú no tienes celos?

Doña Ger.—Ni tu padre tampoco.....

D. Ant.—¿Qué yo no los siento?..... Lo que es yo sí, espantosos que me adoran; y si consiento será por débil, por viejo, por lo mismo que consiento cuanto me pasa, por lo mismo que consiento en servir á tabures; en ganar dos pesos invitando á los transeuntes á que entren á jugar, á que los desplumen, á que dejen allí lo que llevan en el bolsillo; lo que han ganado á fuerza de trabajo.....

Doña Ger. é Isabel.—(suplicantes.) Á eso no entrarás tú.

D. Ant.—Pero si ni siquiera es seguro, no se apuren, me resolverán luego, á las cinco, cuando se hayan informado de si soy suficientemente honrado (*con mucha ironía*) para decidir viciosos y comprometer cándidos, y suficientemente locuaz para convencerlos de que tales casas son muy decentes, los que las frecuentan personas serias y los que las manejan muy tontos para la aritmética y la teneduría de libros.....

Doña Ger.—Antonio, por Dios, por nosotras, no lo hagas; me quemaría ese dinero, no sabría gastarlo, me parecería una maldición.....

D. Ant.—Pues te parecería muy mal, quieres que robe relojes y pañuelos ó que nos comamos los billetes de empeño de mis cruces?..... Lo que es ustedes

no me vuelven á dar puntada en esa costura maldicienda, porque no me da la gana, porque me sabe á acíbar lo que como, porque á mi hija la está matando y á tí no menos; porque ya que toda mi vida no he hecho, sino batirme con americanos y con franceses y con demonios, no he de huirle á la miseria que es el último enemigo de las gentes honradas; me reta y acepto.

Doña Ger.—Pues no-otros no aceptaremos un solo centavo, te los gatarás tú, á ver si te convences.....

D. Ant.—(remedándola y exaltado) Pues tú y ésta, y ésta y tú no harán sino lo que yo mande, sin replicarme, ni atormentarme ni hacerme perder el poco juicio que me queda..... Ahora mismo, en cuanto se marche ó se tarde el abogado, me marcharé yo á ver á los de la partida, á saber si los informes fueron buenos, á repetirles la lección de lo que diré por la noche á cuanto individuo me quede á tiro: (*pasos, en tonación v gestos á juicio del actor.*) Perdóneme vd. caballero, por que no tuve vd. un momento, allí, en esa casa iluminada, es una casa seria, muy bien concurrida, se distraerá un rato, quizá gane; vamos, decídase vd., es una cana al aire, la fortuna tal vez, vaya, entre vd....." Y ellos entrarán ó me darán un empujón ó me llamarán como les plazca y yo me beberé mis lagrimas cuando nadie lo observe, paseándome sobre la acera, en acecho de mi próxima víctima, pensando en mis campañas, en los partes del día en que me citaban entre los valientes, entre los más pundonorosos... .. Luego, cuando todo concluya y me entreguen mis dos pesos, mis dos pesos diarios, olvidaré lo sufrido, lo daré por bien empleado y (*fiándose en Doña Gertrudis é Isabel que llorarán abrazadas*) les evitaré eso, que lloren así, que sufran y agonicen.....

(suena la campanilla.)

evitaré que nos echen á la calle, como probablemente vienen á echarnos ahora....

## ESCENA CUARTA.

DICHOS, PETRA.

Petra.—Señor, el señor que vino esta mañana, el de la tarjeta, pregunta por vd.

D. Ant.—Que pase, que pase en el acto, ya no tengo hombres con que prolongar la defensa. (á Doña Gertrudis é Isabel.) Ustedes déjenme solo con él; no quiero que presencien ni que oigan nada.

(Vase Petra por el fondo.)

Isabel.—Pero, papá.....

Doña Ger.—Prométeme al menos que no te exaltarás, que no tendrás un disgusto.....

D. Ant.—Que me dejen he dicho.

(Vanse Doña Gertrudis é Isabel.)

## ESCENA QUINTA.

D. ANTONIO Y D. ISMAEL.

D. Ism.—(Desde la puerta del fondo, descubierto, muy elegante y muy político.) El señor coronel Bocamarta...

D. Ant.—(Con sequedad, de pie é inmóvil.) Servidor de usted.....

D. Ism.—Supongo, señor, que le habrán dicho á vd. ya que esta mañana estove á buscarlo (avanzando.)

D. Ant.—Sí señor, me lo dijeron en efecto (colérico) y como sospecho el objeto de su venida le ruego sea breve, creo que estos negocios deben despacharse pronto.....

D. Ism.—(Muy sorprendido). ¿Qué sospecha Ud. el objeto de mi venida!!.....

D. Ant.—¿Le sorprende á Ud?

D. Ism.—Si he de decir verdad, sí, si señor, me sorprende mucho.....

D. Ant.—¿No viene Ud. mandado por el dueño de la casa?.....

D. Ism.—(Con orgullo) No señor, vengo en nombre de la compañía que represento, á proponer á Ud. un buen negocio.

D. Ant.—¿A proponerme á mí un buen negocio? ¿Está Ud. cierto de que es á mí?.....

D. Ism.—Enteramente cierto, á menos de que Ud. no fuera D. Antonio Bocamarta.

D. Ant.—Entonces no hay duda; siéntese Ud. y perdone mi recibimiento; esperaba una mala noticia..... un negocio que me ha salido mal, que me trae muy preocupado, y, francamente, vamos, que no sabía lo que me decía... [con dignidad y educación] de nuevo perdone Ud. y hable cuando guste ¿en qué puedo servirlo?

D. Ism.—Como dije á Ud. antes, soy el representante de una compañía, una gran compañía compradora de terrenos; Ud., señor coronel, según nuestros informes, es dueño único, desde hace muchísimos años, de un gran terreno abandonado en una de las riberas del río Conchos, ¿no es cierto?.....

D. Ant.—Es exacto, sí señor; propiedad es esa que heredé de mi padre, y al verme, ya calculará Ud. si en efecto soy dueño de ella hace muchos años; sólo que la tal propiedad nunca me sirvió de nada ni ha habido nadie que quiera comprarla; la he ofrecido mil veces, por cualquier precio, pero como los indios bajaban hasta ella en sus incursiones y en cierta ocasión llegaron á arrasar una populosa villa, con desatamiento y todo, que le quedaba cerca, no ha habido nadie, lo que se llama nadie que me ofreciera un peso.....

D. Ism.—Pues ese es el negocio; las cosas han cambiado,

el país progresa y esta compañía, por mi conducto, le propone á Ud. la venta.....

- D. Ant.—(Con júbilo) Venta que estoy dispuesto á realizar, ya lo creo que estoy dispuesto; si supiera Ud. en qué momento me cae su proposición!... con tal de que los títulos no se hayan perdido.....(se levanta y busca febrilmente en el escritorio) los creíamos papel viejo, inservible.... estaban tan amarillentos, con una letra tan ilegible.... lo menos tendrán un siglo..... pero ¿dónde diablos los he puesto?..... Gertrudis, Gertrudis,..... á ver si mi mujer los ha guardado..... (nervioso) Gertrudis.....

#### ESCENA SEXTA.

DICHOS, DOÑA GERTRUDIS.

- Doña Ger.—(Al verla el abogado se levanta y se hacen una mútua inclinación de cabeza). ¿Me llamabas, Antonio?.....
- D. Ant.—(Siempre agitado y continuando la busca). Si mujer..... dime..... aquellos títulos, ¿te acuerdas? los que teníamos guardados en un tubo, los del terreno aquel..... ¿se han perdido? porque no los encuentro y los necesito.
- Doña Ger.—Pues ahí deben estar, sobre el armario, donde tú los pusiste.
- D. Ant.—Si ya decía yo; esta memoria, la culpa la tiene esta memoria que me abandona conforme los años me acompañan más..... (subido en una silla que sujeta Doña Gertrudis y con mil fatigas bajará un tubo de hoja de lata mientras el abogado se aburre soberanamente) Ah, ah, ah; ya pareció el peine..... puí, cuánto polvo..... bueno, hasta telarañas..... como que nadie lo ha movido..... (sacudiéndolo en unión de Doña Gertrudis) pero, ya está aquí, ya está aquí, [á Doña Gertrudis que se retira] Ven Gertrudis, ven;

que no te he presentado al señor. un buen amigo que nos llueve del cielo..... (á Don Ismael.) Señor licenciado, mi esposa.....

- D. I-m.—(Muy ceremonioso) Señora.....
- Doña Ger.—(Con distinguida naturalidad.) Servidora de vd. señor licenciado, y con su permiso, me voy para que vdes. hablen con libertad.
- D. Ant.—(Acariciándola un hombro.) Sí, sí retírate; ya te contaré luego.

(Vase Doña Gertrudis.)

#### ESCENA SEPTIMA.

DICHOS, MENOS DOÑA GERTRUDIS.

- D. Ant.—Conque, aquí los tiene vd., examínelos y vea si es lo que buscaba.
- D. Ism.—(Hojeándolos con afectada superioridad.) Esto es..... están en regla..... no se necesita más..... (Con creciente superioridad hasta que D. Antonio estalle.) Señor Coronel, de acuerdo con las instrucciones recibidas, ofrezco á vd. veinte mil pesos por su terreno, al contado, el día que firmemos la escritura, y que será la semana entrante á más tardar ¿le conviene á vd?
- D. Ant.—(Estupefacto.) ¡Veinte mil pesos!..... ¿Vd. me ofrece veinte mil pesos por estos papeles, no es eso? .... Es decir ¿vd. viene á proponerme una fortuna, la dicha de mis gentes; la mía propia?..... ¿Y me lo ofrece vd. en serio, al contado, para dentro de una semana?..... ¿Y todavía, me pregunta vd. si me conviene?..... A ver, á ver señor licenciado, permítame vd. que me serene..... que me acostumbre á semejante idea..... en este instante no estoy en mí..... me parece que sueño.....
- D. Ism.—(Casi despreciativo.) Francamente caballero no veo el motivo.....



- D. Ant.—Debía vd. verlo, sin embargo, ¿no v. vd. con que muebles lo recibo? ¿no respira vd. aires de pobreza? ¿no ve vd. que mi mujer y mi hija cosen ajeno, el vestuario de la tropa? Nó, no lo sabe vd.; si lo supiera, si se hubiera fijado, me daría la razón, encontraría el motivo. Ya ve vd., se lo he dicho todo aunque no me lo pregunta, porque lo sabe el mundo entero, porque nada me importa y ahora mucho menos, ahora que la casualidad le pone término.
- D. Ism.—(*Siempre con superioridad.*) Yo estimo su confianza en todo lo que vale, señor coronel y me felicito de haber sido el intermediario entre la fortuna y la familia de vd.; aplaudo sus nobles sentimientos que me lo hacen aparecer muy apreciable, y me permito citar lo (*cuenta las hojas*) hasta el próximo miércoles.....el tiempo indispensable para la traducción de los títulos.....
- D. Ant.—¿Para la traducción? ¿Y qué necesidad hay de traducirlos? . . . No entiendo.....
- D. Ism.—¡Una friolera! La compañía que yo represento, reside en Filadelfia, están ahora en México dos de sus directores que no entienden el español y lo menos que pueden exigir es que los documentos que pagan, les sean traducidos á su idioma.
- D. Ant.—Pero entonces la compañía es americana?.....
- D. Ism.—Sí señor.
- D. Ant.—¿Americana de los Estados Unidos?.....
- D. Ism.—Pues no acabo de decir á vd. que es de Filadelfia?
- D. Ant.—(*Arrebatando de las manos de D. Ismael los títulos.*) Para una compañía de los Estados Unidos, yo no tengo de venta ni una pulgada de tierra mexicana!.....
- Se pone de pié al decir esto con voz solemne, y mostrará la puerta al abogado con un gesto grande y majestuoso. Telón.*

FIN DEL ACTO PRIMERO.

## ACTO SEGUNDO.

La misma decoración del acto anterior.

## ESCENA PRIMERA.

DOÑA GERTRUDIS. ISABEL.

Doña Ger.—Pues, te lo aseguro, creí que le daba algo; he llevado un sustazo atroz y de intento no te llamé en el acto, para evitarte otro igual. Yo los dejé en muy buenos términos, muy de amigos, sin sospechar la tormenta; el mismo Antonio me presentó al abogado, quien me pareció bastante cortés, no creas. Así es que me sorprendí lo que no tienes idea cuando primero oigo que hablaban alto y después que enmudecen; me asomé desde la puerta, para enterarme, entré curiosa y asustada, y vi que tu padre despedía al abogado, sin miramientos ni palabras, el brazo tendido y el rostro seco, contraído, terrible.....

Isabel.—Y ¿qué habrá dicho el licenciado?.....

Doña Ger.—Figúrate!..... Petra dice que cuando le abrió para que se marchara, iba muy pálido y hablando solo..... Y yo no siento esto, nó; lo que siento es que ahora Antonio prescindirá menos de ese empleo de mi pecadora que le tienen ofrecido, y no quiero verlo en una casa de juego, porque le aturda y de lo

BIBLIOTECA DEL CONGRESO  
 CALFONDO  
 Apdo. 1585 MONTENEGRO, MEXICO